



INTRODUCCIÓN

EXTRAÑO fenómeno y singular anomalía los que admiramos en esta Europa del siglo XIX, impulsada, de una parte, por la tendencia á la supresión de fronteras y la unificación de razas y nacionalidades, y empeñada, á la vez, en rehabilitar organismos políticos, lenguas, tradiciones y costumbres muertas; que enaltece la fraternidad universal con el texto de sus códigos, con las especulaciones de sus sabios, los cantos de sus poetas, la aplicación de sus conquistas científicas, y hasta con la espada de sus guerreros y la astucia de sus diplomáticos, y se entrega con febril actividad á la exhumación de las momias de lo pasado, á las divisiones políticas y administrativas mantenedoras de la variedad étnica, jurídica ó filológica dentro de un Estado; que promueve, en fin, alternativamente la nivelación social y el particularismo, el acrecentamiento de las grandes potencias y la disgregación atomística de sus componentes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA 010078
"ALFONSO REYES"
Apto. 2025 MONTERREY, MEXICO

Y no se diga que asistimos á una de esas reacciones promovidas en todas las edades por el empleo abusivo de la autoridad; porque en el proceso histórico del regionalismo hay una serie de contradicciones, no sólo aparentes, sino también reales y verdaderas, que embarazan al pensador más sagaz. Sorprende, en primer término, que la tiranía centralizadora contra que hoy se protesta, se impusiese en todas partes, no como yugo ignominioso, sino como anhelada aurora de regeneración y bienestar; que la omnipotencia irresponsable del Dios-Estado arranque de la declaración solemne de los derechos del hombre, y que un régimen establecido para favorecer las libertades públicas engendre fatalmente la dictadura, ya la transitoria de un militar afortunado, ya la permanente de los partidos, que recuerda las abominaciones feudales en su peor tiempo.

Sorprende asimismo que la lucha contra el orden de cosas existente se mantenga á nombre de sistemas y teorías opuestos entre sí, con armas y por defensores que proceden de campos mutuamente hostiles, y que, sin embargo, se agrupan bajo una sola bandera en cuyo centro se armonizan, mal ó bien, los lemas y colores más disonantes. Contra el uniformismo internacional se han dado cita los elementos que forman la vanguardia de la revolución, y los que hacen gala de conservar íntegro el sagrado depósito de las tradiciones patrias, los idólatras del progreso indefinido y los que sienten la nostalgia de la católica Edad Media; como si, al fijar sus ojos y preferencias en lo porvenir ó en lo pasado, se pusiesen de acuerdo sobre la intrínseca maldad de lo presente y la urgencia de destruirlo.

Por otra parte, el movimiento regionalista no está aislado en un rincón de Europa, sino que los llena todos; é invocando unas veces el principio de las nacionalidades, otras el de la libertad de religión ó de enseñanza, ya como reprensalia contra los atropellos legislativos y las exacciones económicas, ya en defensa de un idioma condenado al ostracismo, viene á ser como eje central en torno del que giran la cuestión de Irlanda en el Norte, la cuestión de Oriente,

la rivalidad de checos y germanos en Austria, la de los antiguos pueblos independientes anexionados al Imperio alemán contra las aspiraciones de Prusia, y las alianzas y guerras de los Estados principales, no menos que sus disturbios interiores.

Escudriñemos rápidamente las causas y leyes generadoras de esta reacción que, como todas, presupone un anterior desequilibrio cuyas últimas consecuencias viene á detener.

Atentamente considerada, toda la historia moderna es una serie de tentativas para realizar ensueños de grandeza política, dominación y poderío; un salto á través de los siglos para resucitar las pompas y magnificencias de la Roma pagana. Desde los Hapsburgos hasta los Borbones; desde el Monarca que dijo: *El Estado soy yo*, hasta el Júpiter de Austerlitz, Jena y Wagram, y desde el apogeo de la soberbia napoleónica hasta el desastre de Sedán y la coronación de Guillermo I, ¿no parece que se desarrolla á nuestra vista, como libro ó panorama de gigantescas proporciones, la epopeya del cesarismo, con reflejos de oro como la gloria, y purpúreos como la sangre vertida en los campamentos?

Sí; desde el siglo XVI se rompió de golpe con el espíritu y los recuerdos medioevales; y en política, como en el arte y las ciencias, surgió impetuosa una corriente de asimilación greco-romana que mató las franquicias municipales, la representación en Cortes, la libertad cristiana, en fin, con sus prolíficas expansiones, al mismo tiempo que desacreditaba las catedrales góticas, la liturgia y el escolasticismo. Dios me libre de condenar á carga cerrada los innegables servicios que el Renacimiento prestó á la civilización europea, ni de apadrinar en conjunto un período que tantas fases reviste y á tan heterogéneas influencias obedeció, como el que se dilata entre la desaparición del Imperio de Occidente hasta la conquista de Constantinopla por los turcos; pero no hay duda que, á partir de esta fecha, se apoderó de Europa un vértigo de innovación radical en todas las esferas del pensamiento y de la vida pública, y que, en vez de perfeccionar y hermostear la obra colectiva de las

generaciones que la habían inmediatamente precedido, se empeñó la grande y tempestuosa centuria de Lutero, de Carlos V y de León X en erigir un monumento de no soñada grandeza, derruyendo los muros sólidos y pulverizando los sillares que pudo y debió utilizar.

Y sucediéronse trescientos años en que Europa pretendió borrar de su suelo hasta la última reliquia de los tiempos que llamaba de barbarie, cubriéndose, como de vegetación artificial, de instituciones, ideas y monumentos paganos; resucitando el fastuoso cesarismo como sistema de gobierno; levantando sobre las ruinas de la ciencia escolástica innumerables concepciones, con la duda cartesiana por fundamento; engalanándose con las primorosas flores del arte clásico, que concluyeron por perder su aroma y marchitarse. Desde la esplendorosa hegemonía de la Casa de Austria, se vino á parar en las ignominias de la Regencia de Felipe de Orleans y el reinado de Luis XV; desde el espiritualismo de Descartes, en las doctrinas epicúreas de Helvecio; desde los prodigios de Miguel Angel, Rafael y el Tasso, en las frialdades académicas de David y Voltaire.

En vísperas de la revolución francesa, cataclismo terrible y estéril manifestación del malestar que aquejaba á una sociedad enferma, había agotado el ideal del renacimiento toda su virtualidad, y se buscaba con inquietud febril algo nuevo que no se divisaba con precisión, y que, por desgracia, vino á recrudecer las dolencias cuyo alivio se pretendía. En el diluvio de sangre que enrojeció las aguas del Sena, flotó la tabla en que quedaba inscrito el decálogo de los pueblos libres. Hasta qué punto fueron ilusorias las esperanzas de los que en él presentían un principio de salvación, lo dicen con sobrada elocuencia la historia posterior y la situación actual del mundo civilizado; y, á mayor abundamiento, ahí está el testimonio sincero, autorizadísimo y nada sospechoso de H. Taine, quien, al hacer el análisis desapasionado y frío de la leyenda forjada por L. Blanc, Lamartine y tantos otros ideólogos, ha sorprendido un cúmulo de torpezas, crímenes y errores en los que él llama

orígenes de la Francia contemporánea, que también lo son de la Europa entera, tal como hoy se halla constituida.

Por lo que hace al extremo de que voy tratando, hagamos constar con Taine la muerte del patriotismo local por los decretos de la Asamblea Constituyente, que sustituyó los antiguos organismos provinciales y municipales con *facticias aglomeraciones de habitantes yuxtapuestos*, con hoteles mejor ó peor montados, pero monótonamente uniformes. No ha sido otra en las demás naciones la conducta del parlamentarismo, en cuanto tiende á suplantarse con las constituciones *a priori*, trazadas sobre el papel, la peculiar y propia que á cada pueblo han legado la experiencia y la tradición inmemorial.

Las ciencias y las artes alcanzaron la misma suerte que la política en aquellas decantadas reformas que inspiró la revolución francesa. El delirio anárquico y la osadía sin freno, que nada divino ni humano respetaban, no habían de detenerse ante los privilegios de la aristocracia intelectual, cuyos representantes, como A. Chénier, Bailly y Lavoisier, eran entregados sin conmiseración al filo de la guillotina. Por otra parte, ¿quién no sabe que toda la literatura revolucionaria se reduce á un miserable calco; que, en ella, la imitación de los modelos ahoga la espontaneidad, y que la férula del pseudo-clasicismo infundía religioso miedo á los hombres que lo habían perdido hasta á la misma muerte?

Necesarias han sido las consideraciones expuestas para comprender la verdadera causa del regionalismo contemporáneo, que si á trechos parece motín sedicioso encaminado al fraccionamiento de nacionalidades robustas, y grito de rebelión y envidia que se desahoga en exigencias impertinentes y programas radicales y mal digeridos, envuelve en el fondo, cuando no se le extrema y saca de quicio, condiciones de justicia y sensatez derechamente opuestas al desorden y al espíritu revolucionario, y viene á rehacer lo que éste aniquiló con sus violentas sacudidas. Al constituirse en campeón de las libertades locales, ofrece á la general un apoyo firme que la impida convertirse en desconcierto li-

cencioso; al velar por los intereses de la patria chica, vela también por los de la patria grande; y estrechando los vínculos naturales que unen al hombre con la primera, fomenta en él los instintos de sociabilidad, y disminuye los del egoísmo, así el de mezquinas conveniencias personales, como el de territorio y bandería. «No puede estimar su nación quien no estima su provincia», dijo ya Capmany, á quien no cabe tildar de desamorado hacia la una ni hacia la otra.

Hasta aquí vengo considerando el regionalismo en su más amplia y cabal significación, porque no es hacedero estudiar aisladamente una de ellas sin tocar las demás, sino que en el orden ideológico, lo mismo que en el de la realidad, se compenetrán y unifican. Así, cuando las innovaciones románticas concluyeron con la adoración exclusivista de la antigüedad helénica y latina, y desenterraron el inmenso caudal poético de la Edad Media, sustituyendo la lira y la forminge con la tiorba y el laúd, á Aquiles y Eneas con los paladines de las Cruzadas, el sensualismo erótico con la pasión ideal y eterna; la religión, los sentimientos y las ideas de un mundo que no conoció á Cristo por los que á la sombra de su Cruz nacieron y se dilataron, entonces se despertó paulatinamente también la nostalgia de las instituciones políticas y sociales, relacionadas con el nuevo sistema artístico, y la catedral cristiana evocó el recuerdo del burgo que se extendía en su derredor; y los usos caballerescos y el desmandado individualismo feudal, y los privilegios comunales, y todo el pintoresco y animado panorama de los siglos en que las nieblas de la barbarie dejan libre el paso al resplandor del Cristianismo y de la democracia nacida de su seno, surgían embellecidos por la ilusión óptica de la distancia, fascinando á una generación aburrida por la igualdad monótona.

Claro está que nada tiene que ver todo esto con el romanticismo desgredado y febril, eco de disolventes utopías socialistas. Hablo del romanticismo arqueológico, inspirador de *Goetz de Berlichingen*, de algunas tragedias de Schiller y Manzoni, de los maravillosos relatos novelescos de Walter-

Scott, y de las mil imitaciones que de los mismos se hicieron en toda Europa. Después de la ficción vino el estudio ahincado de la realidad; después de la poesía, la investigación histórica en ella inspirada; la lectura del *Ivanhoe* decide á Agustín Thierry á escribir la *Conquista de Inglaterra por los Normandos*, y en la escuela del autor de *Los Novios* y *Adelchi* se formaban la vocación y el espíritu de César Cantú.

La doble resurrección artística y científica de la Edad Media tuvo gran número de promovedores en nuestra patria, pero sobre todo en Cataluña, que palpité de júbilo y entusiasmo al recordar los días áureos de su independencia y poderío, las hazañas del Rey D. Jaime y los dos Rogeres, y la libérrima constitución social de su territorio. Ya en 1779, y adelantándose prodigiosamente á su tiempo, imprimía Don Antonio de Capmany sus *Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona*. Los primeros conatos serios para implantar entre nosotros el romanticismo espiritualista son los del periódico barcelonés *El Europeo* en la segunda época constitucional. El drama y la novela de tradiciones locales son los dos géneros literarios que preferentemente, aunque sin éxito feliz, se cultivaban después en la capital del Principado. En 1836 aparecían las *Memorias para ayudar á formar un Diccionario crítico de los escritores catalanes...*, por el Obispo Torres Amat, y *Los Condes de Barcelona vindicados*, por Don Próspero Bofarull, que, once años más tarde, comenzaba á publicar la *Colección de documentos inéditos del Archivo general de la Corona de Aragón*. El malogrado arqueólogo y poeta D. Pablo Piferrer emprendía la descripción de los *Recuerdos y Bellezas de España*, al mismo tiempo que Rubió y Ors daba á luz en el *Diario de Barcelona* sus primeros versos catalanes (1839).

Si el movimiento regionalista tomó las letras por vehículo en aquella porción de la Península donde goza mayor crédito y arraigo, no ha debido poco á las vicisitudes políticas y sociales que viene experimentando la nación entera desde los albores del siglo XIX. Y, en efecto, la misma guerra he-

roica de la Independencia, sostenida para conservar la integridad de la patria é impedir que se nos impusiese el yugo extranjero; aquella guerra en que todas las provincias de España, sin excepción, rivalizaron en desinterés y ardimiento, y de la que Cataluña en particular conserva los laureles del Bruch y de Gerona, favoreció en alguna manera las tendencias individualistas de nuestra raza, por la indisciplina y la irregularidad maravillosas con que se llevó á feliz término, siquiera se obedeciese á un impulso único y se aspirara á un mismo fin por parte de cuantos en ella la tomaron.

Análogo contraste ofrecen el espíritu y los resultados prácticos de la Constitución gaditana y de las que se han ido sucediendo posteriormente hasta la de 1876. Proclamar la soberanía inmanente y la integridad inviolable de la nación; concentrar los poderes, cercenar los de las provincias y los municipios y organizar mecánicamente sus resortes bajo la dependencia de la acción oficial, parecían medios seguros de conseguir, no sólo la unión, sino la uniformidad absoluta que de hecho ha prevalecido en las esferas gubernamentales. Pero el liberalismo traía en su seno y arrojó en el de la sociedad moderna las víboras de la discordia que dividieron á los españoles en dos bandos irreconciliables; proclamó en sus códigos el derecho á discutir y á negar los dogmas humanos y divinos; menoscabó la fuerza del principio de autoridad; prescindía de la tradición cuando no la atacaba de frente; y de aquí el descontento de aquellas regiones que veían conculcar, á nombre de las libertades novísimas, sus fueros seculares, respetados por los Monarcas absolutos; de aquí el amortiguamiento de la fe religiosa, que era el vínculo más fuerte de cuantos trajeron la cohesión entre los miembros constitutivos de nuestra nacionalidad; de aquí, por último, la propaganda anárquica y disolvente, que no respeta el patriotismo, como no respetó á Dios, y ante la cual las leyes represivas se ven condenadas á la impotencia.

Por otra parte, la comunión tradicionalista inscribió en su bandera el respeto á las instituciones forales y al derecho

consuetudinario, y la descentralización administrativa; con lo cual se dió el espectáculo de que los defensores de la política reaccionaria lo fuesen también de un programa menos centralizador y más democrático que los idólatras de la libertad abstracta y el progreso indefinido. Los hay entre éstos, mayormente los radicales y exaltados, que conservan algún matiz regionalista, pero mirando siempre á lo porvenir y nunca á lo pasado; hombres que viven en el mundo de las ideas y desatienden la realidad, considerando el arte de regir las sociedades como un proceso dialéctico *a priori*, obra de la razón sin el concurso de la experiencia.

No corresponde á este lugar la demarcación de lo que es razonable en las doctrinas del regionalismo, y lo que hay de exorbitante y amenazador en el modo con que las violentan y ridiculizan algunos de sus partidarios. Basta con lo dicho como introducción á la historia del renacimiento literario de las comarcas en que idiomas diferentes del de Castilla contribuyen á enaltecer las glorias de la nacionalidad común, de cuya savia participan, como ramas de un mismo árbol, más ó menos frondosas y robustas.

¿Quién puede dudar que las hondas intimidades del sentimiento sólo se traducen adecuadamente para un poeta en aquellos sonidos que arrullaron los sueños de su niñez, con los que tejió su primera plegaria, que animaron y siguen animando su hogar, en los que ve como esculpida la imagen cara del país natal, con sus inefables atractivos, á través de los años y las distancias? La razón especulativa del sabio trabaja fácil y naturalmente sobre los materiales que le ofrecen el libro y la enseñanza oral; pero el artista que expresa sus inspiraciones por medio del lenguaje, debe usar aquel en que se encarna su verbo interior, aquel en que conversa consigo mismo. Así se explica, por ejemplo, que, mientras Cataluña no produjo un solo poeta de primera fila ni en el siglo XVI ni en los dos siguientes, se enorgullezca hoy con un Verdaguer y un Guimerá, por no citar más que nombres conocidos de todos. La literatura gallega contemporánea, con ser un poco artificial en su origen y en algu-

nos de sus representantes, ha venido á desmentir un verso célebre de Lope de Vega; y, al hacerse indígena, ganó en mérito y en fecundidad.

Réstame advertir, por conclusión, que, al juzgar á los cultivadores de las letras regionales, me he creído obligado á atender muchas veces al mérito relativo, no sólo porque lo hay en vencer las asperezas de un medio de expresión no suavizado aún por el cultivo artístico, sino porque hemos de ver íntimamente unida en estos estudios la obra del propagandista con la del verdadero literato, y es necesario fijarse en la primera para comprender la segunda.



LA LITERATURA CATALANA EN EL SIGLO XIX ¹

CAPÍTULO PRIMERO

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL RENACIMIENTO

AL ser incorporada Cataluña al organismo político que constituyeron definitivamente los Reyes Católicos, no podían menos de quedar grabados en la mente de aquel pueblo conquistador los gloriosos recuerdos de otros días, y ni aun después de la guerra de sucesión y del sitio de Barcelona en 1714, ni aun con la política exageradamente centralizadora

¹ Van comprendidas bajo este título la valenciana y la balear, por razones que sería largo exponer, y que luego apreciará el lector fácilmente. Los historiadores del movimiento literario que llaman *Renaixensa* son tan numerosos, que costaría trabajo hacer un recuento de los más principales. En Francia, el Barón de Tournouon (*Renaissance de la littérature catalane et de la littérature provençale*, Toulouse, 1868), y A. Savine, en el estudio que precede á su traducción de *La Atlántida* (París, 1884); en Alemania, el célebre y erudito hispanófilo D. Juan de Fasthenrat, con su reciente y copiosísima antología *Catalanische Troubadoure der Gegenwart*; en Suecia, según dicen, un señor Storm, que ha tenido imitadores, y entre nosotros, así dentro como fuera de Ca-